

# EL MITO DE LOS ORÍGENES

**RAFAEL AGUIRRE**

Catedrático de teología de la universidad de Deusto

Cuando un niño descubre que los Reyes Magos son los padres parece que se acaba con su inocencia, pero cuando muchos padres se enteran de que los Magos mencionados nunca existieron se tambalea su fe, si la tienen, o se confirma su escepticismo religioso. Sin embargo eso no es nada. Los estudiosos del tema saben que no es claro que Jesús naciera en Belén, porque pudo haberlo hecho en Nazaret; ni que su nacimiento tuviera lugar en una cueva, que no es mencionada nunca en los Evangelios canónicos; por supuesto, no sabemos la fecha y son sumamente improbables la matanza de los inocentes y la huida a Egipto de Jesús y sus padres. Se trata de leyendas y mitos acuñados por los primeros creyentes en Jesús, utilizando elementos del mundo helenístico y judío y que han servido para legitimar en nuestra cultura las fiestas universales del solsticio de invierno, ahora en competencia o colaboración, que no lo tengo claro, con Papá Noel, Santa Claus, el Olentzero y otros personajes, en un pluralismo cultural, en buena parte inducido artificialmente y que se me antoja un mejunje superficial, que me temo sea un indicio nada halagüeño de cómo algunos entienden la interculturalidad tan de moda.

Pero estas leyendas y mitos navideños transmiten experiencias y visiones de la vida de hondo calado. Todo grupo humano idealiza sus orígenes, concretamente la figura de su fundador, y al hacerlo evoca los recuerdos de su vida, al tiempo que proyecta las experiencias que el grupo está viviendo y la autocomprensión que de sí mismo se va construyendo. Por ejemplo: no es lo mismo forjar leyendas sobre un emperador victorioso o sobre un mercader que logra establecer un Estado teocrático o sobre un ser poseído por la divinidad e impasible ante los avatares históricos o sobre un niño perseguido por las autoridades y que tiene que huir de un sitio para otro. Todos pueden hablar de Dios -la religión imperial romana, el Islam, el budismo, el cristianismo- pero sus relatos fundacionales dan pie a formas muy distintas de entender la relación con la divinidad. Es decir, la representación del mito de los orígenes no es inocua, responde a situaciones vitales determinadas

e implica una forma de comprender la naturaleza y actitud del grupo que en tal mito, siempre sagrado, se reconoce.

Los relatos que los Evangelios hacen de los orígenes de Jesús surgen en torno al año 70 entre grupos marginales, porque tienen relaciones muy tirantes con los líderes de las sinagogas judías y son vistos con máximo recelo por las autoridades romanas. Confesarse seguidores de un crucificado era oponerse de bruces a las esperanzas mesiánicas judías, a la vez que desafiar a los romanos que habían encontrado razones para llevarle al patíbulo más infamante a aquel subversivo nazareno. Bien es cierto que los seguidores de Jesús, como buenos judíos, poseían en la azarosa historia de su pequeño pueblo, siempre zarandeado por los imperios que le rodeaban, un acervo de tradiciones que les permitían creer a pesar de lo que se ve y esperar que el grano enterrado en tierra, si es bueno, acabará dando espléndido fruto. El nacimiento de Jesús provoca el miedo de Herodes como el crecimiento demográfico de Israel en Egipto suscitó el pánico del faraón. Y ambos - Herodes y el faraón- ordenaron matar a los niños judíos. Pero tanto Moisés como Jesús se libraron milagrosamente. Para cuando se escribieron estos textos estaba ya claro que los creyentes en Jesús se reclutaban mayoritariamente entre los paganos y no entre los judíos: es lo que expresa el episodio de los Magos -paganos que vienen de Oriente- que se afanan por buscar al Mesías de Israel y que se contraponen a la insidia del rey judío y de las autoridades sacerdotales y doctrinales.

En estos textos late también una reivindicación polémica frente a Roma y la teología imperial que legitimaba el orden establecido. No lo hacen de forma abierta y directa -habría sido suicida-, sino de manera crítica, pero clara. «Evangelio» era una expresión técnica que se usaba para anunciar el nacimiento o la accesión al trono de un emperador. El relato evangélico afirma, por el contrario, que el «Evangelio» es el nacimiento de Jesús en la ciudad de David. «Salvador» era el título imperial por antonomasia, que los evangelistas audazmente aplican a Jesús. Y era imposible que unos lectores del siglo I no percibiesen una crítica de la pax romana en el reiterado anuncio de que la misión de este niño y Salvador era abrir los caminos de la paz verdadera. Estos relatos son los textos fundantes de unas comunidades marginales, en el sentido de que viven en la periferia tanto del

sistema judío como del imperial, se encuentran en situación muy difícil, pero no quieren aislarse y no renuncian a cambiar la convivencia social con los valores alternativos que viven y promueven.

Pienso que es muy pertinente recuperar el verdadero sentido de los relatos navideños de los evangelios, contra lecturas historizantes y fundamentalistas, insostenibles en nuestra cultura y sus exigencias críticas; contra lecturas manipuladas por una religión que funciona como lubricante de una sociedad injusta; contra lecturas sensibleras e infantiloides que alientan la superficialidad de una cultura intermitentemente seudocristiana.

Durante mucho tiempo la lectura crítica de los textos y muy especialmente los de la concepción e infancia de Jesús, era vista como un atentado contra la fe cristiana y contra la tradición de la Iglesia. Hay mucha gente que sigue pensando así. Ciertamente una institución que introduce la crítica en los mitos de sus orígenes asume un gran reto y cuestiona su identidad. Pero estoy convencido de que es una tarea necesaria y saludable en una hora en que la Iglesia, en nuestra sociedad, no puede desconocer la indiferencia y el desprestigio que la rodea y en la que el cristianismo lleva camino de convertirse en un residuo cultural. No es monopolio de nadie la lectura de unos textos que tienen la hondura humana, el potencial de sugerencia y la carga de esperanza que poseen los relatos evangélicos de Navidad. Pero también hay que decir que no todas las interpretaciones son legítimas y, por eso, nadie más interesado que los creyentes en la lectura seria y crítica de los textos que hablan de los orígenes de Jesús.

Hay un aspecto clave en los textos a los que me estoy refiriendo, que linda con el misterio: hay alguien que nos viene a visitar, que nos trae una noticia inesperada y, al tiempo, confusamente anhelada desde siempre por la Humanidad, que nos ofrece una vida nueva y gratuita, inalcanzable con las meras fuerzas humanas. Para hablar de la trascendencia el mejor lenguaje no es el de los filósofos ni el de los teólogos, sino el de los poetas, el de la imaginación creadora, el de los mitos, que responden a hondos arquetipos humanos. La capacidad de nuestros sentidos para captar la realidad es muy limitada, a la vez que el espíritu humano puede trascenderse, soñar posibilidades y atisbar horizontes inasequibles pero irrenunciables para la humanidad como tal.

En estas fiestas, en que tantas cosas nos regalamos unos a otros, ¿no estamos invitados a descubrir, aceptar, agradecer y dejar fructificar el gran regalo de la vida y a no ponerle límites al misterio del que procede este don? Cuando el sentido de la gratuidad desaparece y la apertura a la trascendencia se sofoca y la solidaridad con el inocente perseguido no existe, la vida humana se empobrece radicalmente y, a la larga, la sociedad queda desarbolada anta las embestidas más extravagantes o fanáticas.